

LA MEMORIA DE LO NUESTRO: LOS CHOZOS DE PASTORES

LUIS MANUEL SÁNCHEZ GONZÁLEZ  
Arqueólogo y Antropólogo Social y Cultural  
Vocal de Arqueología y Etnografía de A-MUVI



*¡Ya se han ido, ya se han ido! Los que habitan sus majadas,  
ya no riman, ya no cantan villancicos y tonadas  
y fantásticas leyendas que encantaban mi niñez.  
Han perdido los vigores y las vírgenes frescuras  
de los cuerpos y las almas que bebieron aguas puras  
de veneros naturales de exquisita limpidez.*

Gabriel y Galán (Fragmento del poema “Los pastores de mi abuelo”)

INTRODUCCION

Repartidos por amplias zonas de Extremadura existen una serie de restos, con mejor o peor conservación, que nos hablan de formas de vida pasadas y expresión de identidad de un colectivo y territorio, y que, aunque no muy lejanas en el tiempo, parece que hemos olvidado dentro de las comodidades habitacionales actuales.

Nos referimos a los chozos de pastores. Esa arquitectura vernácula de la cual muchos trabajadores del campo se sirvieron para pasar largas jornadas en contacto con la naturaleza y separados del resto de la sociedad.

Hasta los años 70 del pasado s. XX, estas edificaciones, en sus diferentes tipologías, fueron las habitaciones de pastores, agricultores, gañanes o guardas. Representantes en definitiva de unas formas de vida típicas de nuestra zona, y que por ello se convierten en testimonio cultural vivo que nos es propio y necesitado de protección. Se convierten, de esta manera, en parte integrante de nuestro patrimonio histórico y cultural. Los mismos son la respuesta a diferentes formas de enfrentarse al medio en el que se encuentran, respondiendo a funciones y valores socioeconómicos de las personas que los construyeron y utilizaron.

Así es. Estas construcciones, aunque con diferentes nombres, como *“chozas”*, *“chozus”*, *“chafurdóns”*, *“bujíos”*, *“bujardas”* o *“garnachos”*, entre otros, las encontramos repartidas por toda nuestra región, formando parte de la diversidad de paisajes en ella existente. Y es que no debemos olvidar, que este tipo de construcciones fue el centro de la vida de muchos trabajadores del campo.

En nuestro término municipal de Villafranca de los Barros, desgraciadamente, no quedan restos de estas edificaciones, pero si los encontramos en poblaciones vecinas como Ribera del Fresno, Fuente del Maestre o Zafra, entre otras. Lo que si queda es constancia escrita de su existencia en diversos lugares alrededor de nuestra población.

Con este artículo pretendemos dar a conocer, mediante una visión histórico - etnográfica, unas formas de vida no tan lejanas en el tiempo, y que merecen todo nuestro respeto, reconocimiento y protección, ya que forman parte de nuestra identidad cultural y colectiva, propios de una sociedad desarrollada.

## NUESTRO RECONOCIMIENTO A LOS PASTORES

Desde un punto de vista general, y atendiendo a las antiguas formas de vida pastoril, podemos decir que estos eran personas autosuficientes, que como consecuencia de sus largas temporadas en el campo en casi absoluta soledad, se encontraban alejados del entramado social de los municipios. Dentro de este entorno poseían un conocimiento completo del mismo, desarrollando para ello una cultura propia que les permitía desarrollar su vida de una forma lo más cómodamente posible. Eso sí, dentro de la forma de vida austera, sencilla y práctica que les tocó vivir.

Como podemos intuir, estas formas de vida son características de gentes con gran capacidad de trabajo, sacrificadas, en las que no existía jornada laboral, sino todo lo contrario, cualquier momento de su vida formaba parte de esta jornada. En gran medida, dentro de una forma de vida en completa simbiosis con el entorno, su vida se regía por los astros y la climatología, ya que de estos dependía la alimentación del ganado y sus ciclos de vida.

Podemos imaginarnos una jornada de trabajo estándar de estos sacrificados pastores<sup>1</sup>. La misma comenzaría con la primera luz del día, en la que, dentro de su chozo, se prepararía un desayuno a base de migas, a veces con leche (*migas canas*), para posteriormente dirigirse al *redil* del ganado y soltarles para que pastaran. Sobre las 10:30 se iba al *sestil*, lugar en el que reposaba el pastor mientras pastaba el ganado, y donde, en épocas en las que no tocaba ordeñar, reparaba los campanillos, cordeles del ganado, o realizaba distintas manualidades como cazuelas, cucharas u otros artefactos elaborados en madera de la zona (figura 1), y que una vez finalizado depositaba en el *morral*. En época de verano, en este momento, elaboraba el refrescante gazpacho, o en su defecto *las fatigas*, similares al gazpacho pero sin agua. Antes de que se fuera la luz del sol se devolvía al ganado al *redil*, para posteriormente proceder a la cena a base de pan, leche, queso y suero con pan migado.



**Figura 1:** cucharas fabricadas en madera y decoradas con imágenes elaboradas mediante incisiones. Aparecen desde figuras geométricas hasta representaciones humanas. Este tipo de artesanía era elaborada por pastores en el *sestil* mientras pastaban las ovejas. MUVI.



**Figura 2:** *cinchos* de madera empleados en la elaboración de quesos. MUVI.

<sup>1</sup> BLANCO PECERO, J.A.: *Chozos en Fuente del Maestre*. Exmo. Ayuntamiento de Fuente del Maestre. Zafra. 2006. Pp. 42 – 45.

En épocas de ordeño las ovejas se ordeñaban cada dos días, para de esta manera obtener más leche. Elaboraban queso en el chozo, extrayendo el cuajo de la flor del cardo. También como cuajo se utilizaba el contenido del buche de un *borrego que moría harto*, dándole la forma al queso mediante un cincho de esparto o madera.

Como no podía ser de otra manera, el pastor se lavaba su propia ropa. Para ello utilizaba jabón casero elaborado con aceite usado y sosa, ayudado por un estropajo fabricado con sogas de esparto destrenzada.

Debemos mencionar que esta forma de vida de los pastores es el resultado de la explotación a la que se veían sometidos como consecuencia del sistema sociopolítico y económico, y cuya muestra más representativa es la que nos ofrece el tratamiento que solían ofrecer a sus jefes como “*amos*”. El fragmento que sigue forma parte del poema de Gabriel y Galán, *Los pastores de mi abuelo*. En el mismo se muestra el sentir de estos pastores para con sus “*amos*”.

*¡He dormido en la majada! Blasfemaban los pastores  
maldiciendo la fortuna de los amos y señores  
que habitaban los palacios de la mágica ciudad;  
y gruñían rencorosos como perros amarrados  
venteando los placeres y blandiendo los cayados  
que heredaron de otros hombres como cetros de la paz.*

## HISTORIA DE MI VIDA

En el campo de la Antropología, el uso de testimonios o evidencia oral ha sido una parte importante de sus métodos y técnicas de investigación. Proporcionando una gran cantidad de información que nos permite adentrarnos en otras formas de vida que, no por distancia cronológica ni geográfica, muchas veces desconocemos.

Hace algunos años, realizando un estudio etnográfico en los alrededores de una población al sur de la provincia de Badajoz, tuve la ocasión de acercarme de primera mano a la vida pastoril tradicional.

Todo comenzó cuando partiendo de este pueblo en dirección sur, por un camino que le llamaban del *Cerro de la Atalaya*, ya a varios kilómetros de este pueblo, y en un entorno idílico rodeados de encinas y alcornoques, comenzamos a escuchar el sonido, un poco estridente, de una flauta. Decidimos acercarnos subiendo una suave loma, y la imagen que pudimos ver nos quedó asombrados. Se trataba de un hombre delgado que, aunque sentado, se le apreciaba una altura considerable. Tenía la tez morena, y en las facciones se reflejaba el paso del tiempo. Se encontraba sentado en un rústico banco que, construido en piedra, se encontraba adosado a un antiguo chozo de pastores tocando una flauta construida de forma artesanal. Junto a él se encontraba un perro de pequeña estatura tendido en el suelo con la mirada perdida.

Al vernos el perro comenzó a ladrar, haciendo que este hombre abandonase su *actividad musical* y se pusiese en pie. Nos acercamos a él y nos invitó a *fabricar*, con unas piedras y maderas desperdigadas por el entorno, unos rudimentarios bancos para sentarnos.

De esta manera comenzamos a charlar y nos comenzó a describir como era su vida allí, alejado de la sociedad urbana y rodeado de naturaleza. Una forma de vida que, en apariencia, podría parecer idílica, pero que después nos dimos cuenta de lo equivocada de esta primera impresión.

Nos comenzó a relatar que aquel chozo circular, de tan solo 3 m de diámetro, era su casa durante largas estancias, y que ni siquiera era de su propiedad. No sabía que antigüedad tendría, pero que debía ser muy antiguo, ya que fue el que también ocupó su padre, al que él, de niño, iba a visitar desde el pueblo a lomos de una mula cuando el tiempo se lo permitía. Nos estuvo contando como era su vida allí, sin una jornada fija, ya que en ocasiones, cuando alguna oveja estaba a punto de parir, se pasaba la noche esperando que esta pariera por si se le presentaba algún problema a la madre en el momento del parto. Esta fuerte relación con el ganado hacía que tuviese un conocimiento del mismo extraordinario. Sabiendo en todo momento si algún ejemplar se encontraba enfermo sin necesidad de contar con ningún veterinario.

Nos relató de la misma manera como sufría las inclemencias del tiempo, el frío del invierno y las calores del verano. Aunque como él nos relató, podía darle *gracias a Dios* por que por lo menos él, en su chozo, tenía chimenea. Chimenea que pudimos “probar” nosotros mismos cuando nos invitó a pasar y comprobar como era su *hogar*. Aunque debemos mencionar, que en otros chozos, a falta de chimenea, se le abría un agujero en el centro de la falsa cúpula que, además de darle luz al interior del chozo, permitía la salida de humos.

Se pasaba muchos días sin visitar a su familia, e incluso, en los últimos años, siendo consciente de que él era uno de los últimos representantes de esa forma de vida, sin recibir ninguna visita. Nos relató cómo pasaba su tiempo mientras pastaba el ganado, realizando artesanía y distintas manufacturas, como la flauta que estaba tocando cuando llegamos. Nos dijo que era consciente del sufrimiento de su familia, que desde el pueblo, en las noches de invierno o días de temporal, se pasaban las noches rezando porque no le pasara nada ni a él ni al ganado que cuidaba.

Nos dimos cuentas de la completa simbiosis que tenía con el entorno que le rodeaba. Conocía cualquier planta y los diferentes *cantares* de los pájaros. E incluso podía predecir el tiempo meteorológico a partir del aire y las nubes.

Se trataba en definitiva de una forma de vida completamente diferente a las que llevamos en la actualidad. Forma de vida fruto de unas circunstancias sociales y económicas que les tocó vivir.

## ESPACIOS PARA LA SUBSISTENCIA

A lo largo de la Historia, los diferentes grupos humanos han utilizado diferentes lugares de alojamiento y refugio, desde cuevas naturales hasta grandes palacios. Los chozos de pastores forman parte de esta tipología.

Parece ser que las primeras construcciones artificiales destinadas al alojamiento de los seres humanos aparecen en el Paleolítico Medio. Estas eran de formas circulares y elaboradas con pieles y ramajes. Las mismas fueron evolucionando, apareciendo en el Neolítico, como consecuencia de la mayor sedentarización, unas chozas también de forma circular pero contando con un zócalo de piedra con cubierta vegetal. Como veremos, los chozos de pastores pertenecen a esta tipología caracterizadas por su funcionalidad y simpleza. Estas formas serán ampliamente utilizadas por diferentes culturas del Mundo Antiguo, como los pueblos de origen indoeuropeo, entre ellos los celtas. Ya el arquitecto romano Vitrubio, en el s. I a.c., relataba las formas de construcción de muchas de las viviendas hispanas.

“Al principio plantaron horcones, y entrelazándolos con ramas, levantaron paredes que cubrieron con barro; otros edificaron con terrones y césped seco sobre los que colocaron maderos crudos, cubriendo todo ello con cañas y ramas secas para resguardarse de las lluvias y del calor; pero para que semejantes techumbres pudieran resistir las lluvias invernales, las remataban en punta y las cubrían con barro para que a merced de los techos inclinados resbalase el agua. Podemos explicarnos que esto pasó así en sus orígenes, como hemos dicho, porque hoy mismo lo vemos en algunas naciones, como en Galia, en Hispania, en Lusitania y en Aquitania, cuyos edificios aún se siguen cubriendo con chillas y bálagos.”

(VITRUBIO, “La vivienda en Lusitania”, De Arquitectura, Lib. II; Cap. 1)

Por diversas excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en nuestra región, se ha podido constatar que es en plena Edad del Bronce, hacia finales del III milenio a.c., cuando se introduce en nuestra región el tipo clásico que será utilizado como chozo de pastores, en este caso con cubrición vegetal.

Como características generales, podemos decir que los chozos de pastores están situados en zonas altas y bien ventiladas. En su mayoría son de forma circular, elaborados con piedra seca de la zona (técnica de piedra seca), y a veces unidas con barro. La cubrición se realizaba con ramajes o, en algunos más complejos, mediante falsa cúpula, método, que con origen en la edad del cobre, concretamente en el megalitismo, se caracteriza por realizar la cubrición

mediante aproximación de hiladas de piedra. El grosor de las paredes es variable, llegando incluso a contar con 1 m de espesor. Por lo general, estos muros cuentan con un único acceso. Esta es la puerta de entrada elaborada con piedras de mayor tamaño que el resto del chozo.

Aun con estas características generales, nos podemos encontrar con diferentes tipologías de chozos. La misma depende en gran medida de las características del entorno en el que se encuentran y de la funcionalidad que se buscaba en estas construcciones, no perteneciendo necesariamente dicha tipología a cuestiones evolutivas en las técnicas de construcción. Entre ellas podemos destacar, siguiendo a Juan Antonio Blanca Pecero<sup>2</sup>, los siguientes tipos:

- **Tipo 1:** los fabricados con materiales vegetales de la zona (figura 3). Como por ejemplo los fabricados con enea, juncias o centeno. De forma circular, poseen una estructura cónica o cupuliforme. Tenían la particularidad de que podían ser transportados ayudados por burros, denominándose por ello “*chozos de muda*”. Siendo muy utilizados por los pastores que se mudaban constantemente de un lugar a otro. Los chozos de este tipo de mayor tamaño, que no se mudaban, se llamaban familiares, ya que en ellos residía el pastor y su familia.



Figura 3: chozo móvil construido de bálago de centeno.

Extraído de “*Los chozos extremeños: referente histórico y recurso socio-cultural para el futuro*”, de José Luis Martín Galindo.

- **Tipo2:** estos, conocidos como *chozos de horna*, son de forma circular y de construcción mixta, ya que para los muros se utilizaba la piedra y para la techumbre, de forma cónica, se utilizaban palos de madera cubiertos con ramajes (figura 4).

Figura 4: chozo de los que hemos denominado de *tipo 2* localizado en la casa rural *Hostería Fontivieja*, en Losar de la Vera, Cáceres.

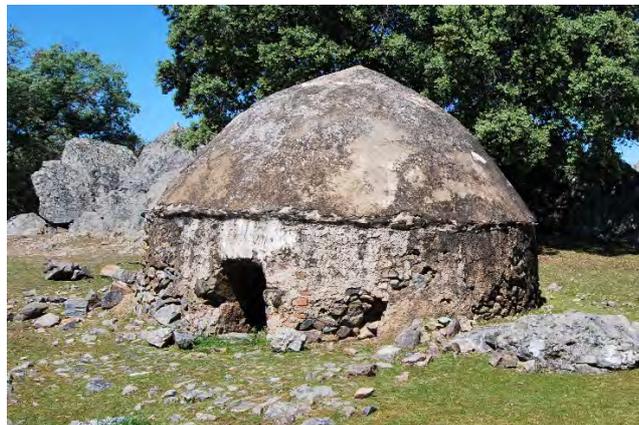


<sup>2</sup> *Ibidem* pp. 27 – 29.

- **Tipo 3:** estos chozos (figuras 5 y 6), aunque también de forma circular, estaban contruidos íntegramente en piedra, cambiando para la techumbre los palos de madera y los ramajes por una cubrición en falsa cúpula por aproximación de hiladas. Mencionar que este tipo de chozos es el más abundante y representativo de Extremadura, localizándose a lo largo de toda nuestra región. Por ello el uso sufrido por estos chozos de piedra en nuestra tierra ha sido muy variado a lo largo de la historia, desde vivienda permanente o temporal de trabajadores del campo como agricultores, pastores o guardas, hasta refugios situados al lado de los caminos, cañadas y cordeles que transitan por nuestra región, e incluso como almacenes de herramientas.



*Figuras 5 y 6:* chozos de *tipo 3* fabricados en piedra con cubrición con falsa cúpula. Procedentes de Segura de León (figura 5, actualmente desaparecido) y dehesa de Monteporrino, Salvaleón (figura 6), Badajoz.



- **Tipo 4:** chozos de forma circular que, al igual que los anteriores, tenían el muro fabricados con piedras, pero que, a diferencia de estos, para la construcción de la cubierta se utilizaban distintos materiales, desde ladrillos macizos trabados con mortero de cal formando una bóveda semiesférica, hasta teja vana formando una cubierta a una o a dos aguas utilizando de armazón una serie de palos. Este tipo de construcciones son las más complejas de esta tipología, ya que a estos materiales se le añadía suelos de baldosas y los mismos estaban provistos de chimenea.



Figura 7: chozo de *tipo 4* con cubrición de teja a un agua procedente de Cañaverál, Cáceres.

Extraído de "*Los chozos extremeños: referente histórico y recurso socio-cultural para el futuro*", de José Luis Martín Galindo.

A diferencia de estos últimos, el suelo de los chozos solía estar construido con tierra apelmazada, habiéndose allanado el interior previamente antes de fabricación del mismo en el caso de que estuviese construido en una pendiente del terreno.

Por otra parte resulta característico de este tipo de construcciones la ausencia de vanos, apareciendo únicamente en la mayoría de ellos uno solo que es el que forma la puerta. Esto es debido al gran grosor de los muros y el gran peso que soportan, siendo por ello poco recomendable los vanos.

Describimos a continuación un conjunto etnográfico compuesto por un chozo del tipo 3, acompañado por una serie de zahúrdas para meter ganado. Este conjunto, actualmente desaparecido, formó parte de un estudio etnográfico realizado por el autor de este artículo en la comarca de Tentudía en el sur de nuestra provincia, pero que es un claro ejemplo de este tipo de edificaciones y conjuntos que estaba presente a lo largo y ancho de nuestra región como anteriormente hemos comentado.

Este conjunto se situaba en la ladera de una finca destinada a labores de agricultura, rodeados de olivos y de higueras. El mismo estaba compuesto por tres elementos: un chozo de forma circular que ocupaba el centro de los tres elementos y dos zahúrdas, una situada detrás de forma cuadrada y otra delante de forma ovalada. De los tres elementos solamente el de forma redondea estaba intacto. Los tres elementos estaban contruidos con piedra caliza y mampostería de piedra local.

El chozo circular, el mejor conservado, tenía un diámetro interior de 3 m, y una altura máxima de 2,25 m , formándose la bóveda por aproximación de hiladas con el mismo material que las paredes, formando una falsa cúpula, con lo que las paredes iban ganando grosor a medida que ascendemos, teniendo un grosor de 70 cm a nivel del suelo. En el interior de este chozo nos encontrábamos, a la derecha de la puerta, una alacena de un solo anaquel, y a la izquierda una chimenea (figura 8) y otra alacena también de un solo anaquel (figura 9), todos a modos de



Figura 8: chimenea empotrada en la pared del chozo.

ventanas ciegas que no traspasan la pared. La puerta, orientada en dirección norte, medía 1,40 m de alto por 70 cm de ancho, tenía un dintel, formado por grandes lajas de piedra caliza, que alcanzaba una profundidad de 115 cm. En el exterior nos encontrábamos con paredes lisas hasta una altura media de 1,30 m, altura esta en la que aparecían unas piedras alrededor del chozo, que se salían levemente de la planta, a modo de zócalo y adorno. Y a partir de aquí se iba formando la bóveda por aproximación de hiladas. En el exterior la bóveda presentaba argamasa o piedra apisonada.



Figura 9: alacena de un solo anaquel realizada a partir de un rebaje en la pared del chozo.

Delante de este chozo aparecía una zahúrda para cochinos de forma ovalada parcialmente destruida (figura 10). La puerta la tenía dispuesta en dirección noroeste y estaba realizada, tanto el dintel como las jambas, con grandes lajas de piedra caliza, con unas medidas de 68 cm de alto y 50 cm de ancho. Esta zahúrda tenía una longitud de 6,20 m aproximadamente y una anchura máxima de unos 3 m. Las paredes se adaptaban a la orografía del terreno y tenía una altura media de 1,10 m, estando construidas con mampostería de piedra local sin mortero.



Figura 10: zahúrda para cochinos construida con la misma técnica que los otros dos elementos.

Detrás del chozo circular estaba la otra zahúrda, esta de forma rectangular y de menor tamaño, con una longitud de 3,80 m de largo por 2,30 m de ancho. La puerta, construida con lajas de piedra caliza, no tenía dintel y contaba con una altura de 40 cm. Esta zahúrda era, de las tres, la que estaba en peor grado de conservación. Las paredes también eran de mampostería de piedra local unidas sin mortero, con una altura media de 1 m, y un grosor de los muros de 50 cm, adaptada también a la orografía del terreno.

Es muy común encontrar conjuntos de este tipo compuestos por chozos de pastores y zahúrdas para animales, ya que era necesario que estos últimos estuviesen bien protegidos de diferentes depredadores por las noches, momentos en los que por lo general el pastor no estaba presente (figura 11).



Figura 11: conjunto etnográfico compuesto por chozos para pastores y zahúrdas para ganado porcino situados en el término municipal de Ribera del Fresno.

Además de chimeneas y alacenas, existían otros elementos en el interior de estas edificaciones destinadas a hacer más fácil y cómoda la vida de sus moradores. Entre ellos destaca el camastro. Estos solían estar contruidos en la parte izquierda del interior del chozo. Solían estar recubiertos con pellejos de animales y se utilizaban para dormir además de para sentarse a descansar.

## CHOZOS EN VILAFRANCA

Como hemos comentado en otro lugar, en nuestra población no se conserva ningún chozo de esta tipología, lo que no significa que no existieran. Si tenemos en cuenta las formas de vida tradicionales de nuestra zona, dedicada en la mayoría de la población hasta no hace muchos años a la ganadería y la agricultura, es fácil pensar en su existencia. A ello ayuda las referencias que a este tipo de construcciones nos encontramos en los archivos municipales de nuestro pueblo.

En los mismos se hace mención al *chozo del guarda de la silera*. El mismo aparece registrado en un documento de 1872<sup>3</sup>, aunque seguramente fuera mucho más antiguo, ya que en 1884 amenazaba ruina, aunque se restauró. Este chozo, que estaría situado entre las actuales calles Méndez Núñez y Floridablanca, era de forma circular, estaba construido con muros de mampostería y cúpula por aproximación de hiladas. Estaba destinado a alojamiento del guarda de esta zona del pueblo que por esos años no estaba urbanizado. En el mismo se le permitía vivir con su familia. Este chozo sería destruido en 1914 como consecuencia del proceso de urbanización de esta zona de nuestra localidad.

En otros archivos de nuestro municipio aparecen también referencias a otros chozos. Sobre todo cuando se hace mención a los *gañanes*. Estos eran los encargados de vigilar el ganado

<sup>3</sup> Archivos Municipales de Villafranca. Acuerdos Capitulares, Caja 17, carpeta 5, 3 de agosto de 1872, folios 37-38.

fuera del pueblo, y para cumplir este fin, se les obligaba a pernoctar en chozos localizados junto a sembrados y dehesas<sup>4</sup>. E incluso no se les permitía ir al pueblo, salvo a escuchar misa.

También Cascales Muñoz hace mención a un chozo en la zona de *los pajares de la vega*, en el que este historiador local sitúa el lugar de nacimiento de Espronceda.

Vemos en definitiva como nuestra localidad no es ajena a este tipo de edificaciones tan representativas de la vida tradicional extremeña. Aunque es de lamentar que no hayamos sido capaz de conservar ningún ejemplar.



## BIBLIOGRAFIA

- AMADRO REDONDO, José Antonio. *Chozos, Molinos y Puentes de Zafra. Nuestro Patrimonio Rural*. Imprenta Rayego. Zafra. 2002.
- BLANCA PECERO, Juan Antonio. *Chozos en Fuente del Maestro*. Exmo. Ayuntamiento de Fuente del Maestro. Zafra. 2006.
- MARTÍN GALINDO, José Luis. “Los chozos extremeños: referente histórico y recurso socio-cultural para el futuro” en *Revista de Estudios Extremeños*. Vol 62, Nº 2. 2006. Pp. 839 – 890.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Juan José (coord.). Villafranca de los Barros. Historia urbanística y social. SS. XIV – XX. Autoedición. Cáceres. 2012.

<sup>4</sup> *Ibidem*. *Acuerdos Capitulares, Caja 10, carpeta 3, 8 de abril de 1766*.